

# Namwali Serpell

---

## La deriva

---



En las orillas del río Zambezi, a solo unos kilómetros de las majestuosas cataratas Victoria, se encuentra un viejo enclave colonial llamado The Old Drift, un lugar donde confluirán los destinos de tres familias de orígenes muy distintos: una africana, una interracial procedente de Inglaterra y otra que llega de Italia para construir una nueva vida.

Serán las mujeres de estas familias las que marquen el compás de la historia, y los efectos de sus decisiones reverberarán durante todo el siglo XX, entrelazando sus vidas al tiempo que todos ellos, como nativos, colonos e inmigrantes, asisten a la fundación de Zambia. A medida que pasan las generaciones, hasta llegar a una África imaginada en un futuro próximo, sus vidas, triunfos, errores, pérdidas y esperanzas forman una sinfonía sobre lo que significa ser humano.

## Índice de contenido

Cubierta

La deriva

Las cataratas

I. Las abuelas

Sibilla

Agnes

Matha

II. Las madres

Sylvia

Isabella

Thandiwe

III. Los hijos

Joseph

Jacob

Naila

La presa

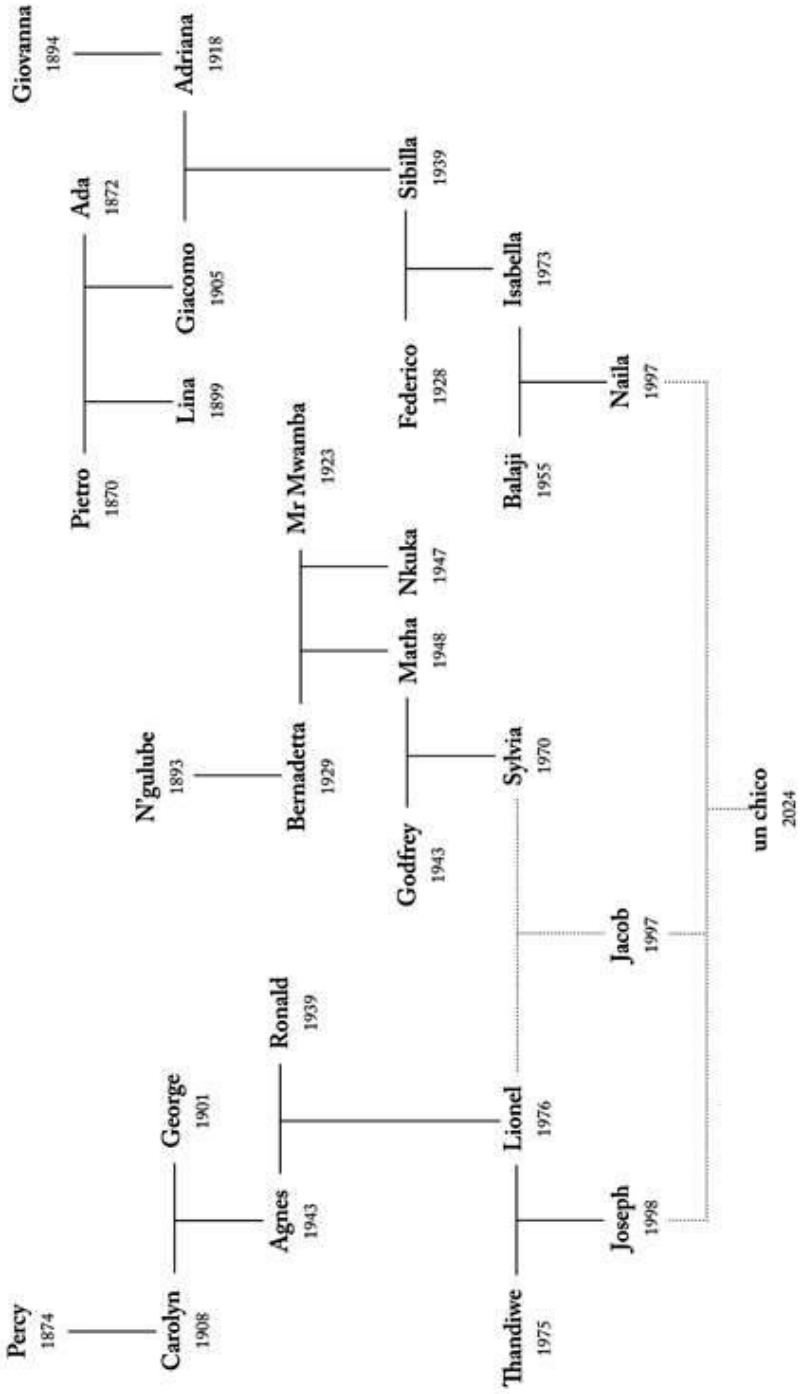
Agradecimientos

## Sobre la autora

*A Mama*

Ve entonces Eneas, al fondo de un valle,  
un apartado bosque y los rumorosos árboles de la selva,  
y el río Leteo que fluye soñoliento,  
bañando plácidas mansiones en sus orillas,  
donde una muchedumbre, innúmeras naciones  
y pueblos reunidos, ocupa las márgenes  
bullendo de vida, como abejas en los campos  
que en un claro día de verano se posan en flores diversas  
y en torno a los blancos lirios zumban en denso enjambre.  
Se sobrecoge Eneas por la repentina visión  
y en su ignorancia pregunta qué está pasando,  
qué río es ese que allá corre,  
quiénes se arremolinan junto a él  
en tanta multitud.  
«Las ánimas», dícele Anquises.

VIRGILIO, *La Eneida*, «LIBRO VI»



Zt. Zzt. ZZZzzzzZZZzzzzZZZzzzzzzZZZZzzzzzzzzZZZZzzzzzzzzZZZzzzzzz  
ZZZzzzz.

*Y así. Un hombre blanco muerto crece barbado y perdido en el corazón sangrante de África. Con sus arraigos y errancias, sus llegadas y marchas, se convierte en nuestro padre involuntario, en nuestro espontáneo pater muzungu. Esta es la historia de una nación –no de un reino ni de un pueblo–, de modo que empieza, por supuesto, con un hombre blanco.*

*Érase una vez que a un piadoso médico escocés se le metió en la cabeza descubrir la fuente del Nilo. Encontró, en cambio, un tajo en el suelo por donde se despeñaba una masa de agua. Sus portadores lo llamaron Mosi-oa-Tunya, que significa El humo que truena, pero él le dio el nombre de su reina. En su diario describió las cataratas con sobrecogido asombro, comparando las aguas con cosas británicas: con lana y nieve y chispas de acero hirviendo, con miríadas de diminutos cometas precipitándose en la misma dirección y dejando rayos de espuma en su estela. Conjeturó que, al contemplarlas, los ángeles se habían dicho: «Qué belleza». Incluso opinó, como un escenógrafo, que en realidad debería haber montañas al fondo.*

*Aventura. Catástrofe. Fama. Comercio. Cristianismo. Civilización. Lo atacó un león que lo zarandéó entre sus mandíbulas, según dijo, como un perro sacude a una rata. Su mujer murió de fiebres; su amado poodle se ahogó. Viajó por tierra firme y surcó inacabables vías fluviales. Liberó esclavos por donde fue, quebrándoles las cadenas con sus propias manos y adoptándolos como sirvientes y portadores. En la última etapa de su vida presenció una ma-*



sacre: traficantes de esclavos que disparaban a personas en un lago, a tantos que las canoas no podían avanzar. Perdió las esperanzas. Estaba deshecho, sin un céntimo; la reina Victoria se había olvidado de él; los geógrafos reales dijeron que había muerto. Entonces, un mercenario galés, un bastardo llamado Stanley, supuestamente, le estrechó la mano y avisó a Londres. Y al instante se convirtió en algo infame, en un escapado de la tumba. Pero se negó a volver a la jovial Inglaterra.

Con paso inseguro, en cambio, se adentró aún más en el continente, en busca de su bienamado Nilo. ¡Ah, padre muzungu! Ese término significa «hombre blanco», pero no describe la piel, sino una tendencia. Muzungu es quien zunguluka –deambula, va a la deriva– hasta que camina en círculos. Y así, nuestro inquieto muzungu se presentó otra vez por aquí, arrastrando con él a sus porteadores negros.

Había desaparecido su botiquín –¿quién se lo llevó?, nunca lo averiguaron– y, con él, su preciosa quinina. La fiebre lo estuvo acechando hasta que finalmente se apoderó de él. Murió en una cabaña, de noche, en la cama, arrodillado, la cabeza entre las manos. Sus hombres lo destriparon, plantaron su corazón bajo un árbol y cargaron con su cadáver hasta la costa. El Vulture, buque de Su Majestad, transportó su cadáver a casa: enterraron sus restos mortales bajo una losa en la nave de la abadía de Westminster. Los suyos lo reconocieron por las cicatrices dejadas en el húmero por los colmillos del león.

Qué prodigiosa determinación la de sus porteadores. ¿Viajar con un cadáver durante meses sin cuento, entre infortunios y calamidades, batallas y enfermedades? ¿Seguir adelante con un calor abrasador o bajo una lluvia torrencial, luchando contra la superstición de que llevar la muerte es atraerla? ¿Ir hasta Inglaterra para responder a un interrogatorio, construir una maqueta de la cabaña en la que había muerto? ¡Cuánta fe! ¡Cuánto amor! No, no..., ¡cuánto miedo! Aquel cadáver, aquel cuerpo sin vida, era la prue-

*ba. Sin él, ¿quién los habría creído? ¿Quién habría aceptado su palabra de que un hombre blanco había muerto entre «salvajes» por mala suerte..., por una simple fiebre?*

*Los hombres se niegan a creer que la suerte pueda acarrear tales consecuencias. Pero la historia de este lugar está llena de tales deslices y dislates. Error, n., del latín errare: extraviarse, desviarse o caminar sin rumbo, a la deriva. Por ejemplo, el bazungu que más adelante convirtió este territorio en colonia, luego en protectorado, después en federación y más adelante en nación, solo vino porque antes llegó Livingstone. Acabaron aquí por casualidad y ordenaron el territorio, trazaron líneas arbitrarias en el suelo, arrancaron tratados a los jefes empleando taimadas artimañas: unas escrituras reales destinadas al comercio pero utilizadas como propiedad. Agitando banderas, blandiendo armas y abalorios para comerciar, anduvieron a la rebatiña por África y declararon que era el legado de Livingstone.*

*Esta nación no es oriental ni occidental, sino accidental. ¿Quién creería que nuestro piadoso médico escocés buscaba realmente la fuente del Nilo justo donde no estaba? Resulta que hay dos Nilos –uno Azul, otro Blanco–, lo que significa dos fuentes, y ninguna de las dos se encuentra cerca de aquí. Es de esas cosas que ocurren con naciones, leyendas, seres humanos y signos. Se va en busca de un origen, un símbolo, una palabra primordial y, de pronto, se bifurca el sendero, hendido por un apóstrofe o un guion. La lengua se bifurca, habla de dos maneras, que entonces se bifurcan una y otra vez hasta formar un caos de capilaridad. Donde se busca un origen, se encuentra un vasto griterío que también es un silencio: una sima de humo, atornadora. ¡Boca ciega!*

---

## Las cataratas

El nombre de las cataratas, Victoria Falls, suena a sentencia: Victoria Cae. Una profecía. En cualquier caso es un chiste que yo solía contar hasta que Su Majestad la reina Victoria murió efectivamente en 1901, poco antes de que yo pusiera el pie en el continente. Dos años después, vi por primera vez esa maravilla africana que lleva el nombre de una reina inglesa y quedé tan prendado como el que más. Vine por las cataratas, y también por ellas me quedé. Es cierto lo que dicen: la espuma alcanza a verse a cincuenta kilómetros de distancia, el fragor se oye a treinta. El último trecho de nuestra caminata desde Wankie fue lento, y ya eran las once de la noche cuando llegamos al campamento, a kilómetro y medio de las cataratas, bajo un gigantesco baobab. Por cansado que estuviera, no podía dejar que la necesidad de dormir me impidiera ver la inmensa caída por primera vez. Alejándome de los demás, me encaminé en solitario a contemplar las cataratas por arriba, desde la denominada Catarata del Diablo. Jamás lo olvidaré.

Hacía una noche clara, alumbrada por la luna. En primer término estaba el risco de la isla Barouka. Más allá, entre un velo de espuma, las cataratas principales daban un salto de más de cien metros rugiendo sobre el abismo. La espuma era tan densa que resultaba difícil saber si fluían hacia arriba o hacia abajo. La sombría selva retorció sus ramas frente a ellas. El arcoíris lunar, pálido y reluciente, daba a la escena un toque fantástico. Yo estaba absolu-

tamente sobrecogido, como en presencia de un majestuoso poder del todo inefable. No sé cómo me quité el sombrero y durante una hora estuve con la cabeza descubierta, extasiado.

No, nunca olvidaré aquella visión nocturna de las cataratas Victoria, hinchidas de corriente y bañadas en luz de luna. Pasé treinta y dos años en un radio de kilómetro y medio de aquel lugar, y que me aspen si no sigue siendo la mejor atalaya.



A la mañana siguiente celebré el acontecimiento de mi primer encuentro grabando mi nombre y la fecha en el baobab: PERCY M. CLARK, 8 DE MAYO DE 1903. No era algo propio de mí, pero disculpable dadas las circunstancias. Me puse en camino para el paso, a unos ocho kilómetros más allá de las cataratas, la puerta de entrada a la Rodesia del Noroeste. A partir de ahí y a lo largo de centenares de kilómetros, el Zambeze se estrecha y se hace más hondo, así que resulta el punto más conveniente para «pasar» al otro lado. Al principio se llamaba Paso de Sekute, por el nombre del jefe de los leya. Luego se llamó Paso de Clarke, por el primer colono blanco, a quien pronto conocí. Nadie sabe cuándo pasó a ser el viejo paso, el Old Drift.

Sentado en la margen meridional, estuve dos horas solo, disparando el fusil de vez en cuando. Al fin vi una mancha, una piragua que venía de la otra orilla. Parecía tan lejos río arriba que no estaba seguro de que viniera por mí; la corriente era tan rápida que debían recorrer un buen trecho en diagonal para llevar la embarcación justo al punto en que yo me encontraba. Manejar una canoa es una operación delicada en una corriente fuerte —una simple tos transversal basta para volcarla—, pero los nativos barotses son excelentes barqueros. Faenando de pie, utilizan

remos de tres metros para gobernar su primitiva embarcación. Me llevaron al otro lado y después trajeron mis pertenencias.

Old Drift era entonces un pequeño asentamiento de media docena de habitantes; por aquella época solo había un centenar de hombres blancos en todo el territorio. Me alojé en un establecimiento comercial que hacía las veces de «hotel» en aquellos parajes. El dueño tenía mi mismo apellido, salvo que en el suyo había una aristocrática e añadida. Como coincidencia ya era suficiente, pero resultó que se había criado en Chatteris, en Cambridgeshire, prácticamente al lado de la ciudad universitaria que yo pensaba haber dejado atrás hacía mucho. Por lo visto no podía escaparme de la madre patria, o de su atmósfera.

Fred Clarke «Mopane» –apodo nativo referente a un individuo «alto y erguido con corazón de árbol mopane»– se había instalado allí hacía cinco años, estableciéndose como agente transitario para luego crear un servicio de transporte a través del Zambeze. Después se dedicó con gran fortuna a construir hoteles y venderlos. Pero, cuando yo lo conocí, éramos simplemente dos hombres que tratábamos de sacar el mejor partido posible de la situación. A Mopane le hacía gracia que hubiera echado a cara o cruz la elección de mi nueva vocación: por aquella época la fotografía era un campo relativamente nuevo. No me molesté en explicarle mi expulsión del laboratorio de química del Trinity.

–¡No jodas! –exclamó–. ¿Tú también has venido a Rhodesia por capricho?

–Sí –mentí–. Acepté un puesto en un estudio de Bulawayo. Pero la tonalidad y el revelado resultan problemáticos en África, con todo aquel polvo de por medio, sin contar las tolvaneras. Así que lo dejé.

Otra mentira.

–Pero te quedaste, por lo visto. ¿Es que te gusta la vida en la selva?

–Los colonos son buena gente. Honestos, animados. No miran a nadie por encima del hombro. Los cafres son desconcertantes, desde luego, pero parecen bastante acomodaticios. Los insectos son una verdadera abominación.

Intercambiamos historias de bichos. Escarabajos *tampam*, que tiran del pelo; escarabajos rinoceronte que se te meten por los cojones; los pútridos escarabajos negros y el sibilante escarabajo de Navidad. Escorpiones, arañas, ciempiés. Bestiales todos. Gané el debate contándole el día en que llegué a Bulawayo, dos años antes. El sol desapareció detrás de una nube negra: ¡no una tormenta de polvo, sino una plaga de langostas bíblica! Luego llegó el clamor: la frenética cacerolada para asustarlas. Un estruendo infernal pero eficaz.

–Aquí te enfrentarás a cosas peores –aseguró el viejo Mopane con aire enigmático–. ¿Piensas abrir nuevos horizontes?

–Quiero ir por ahí sin rumbo fijo. Mi padre siempre decía: «Hijo mío, nunca eches raíces a menos que no haya otro remedio y nunca trabajes para otros». Es hora de jugar mi propia baza, explorar un poco. Creo que voy a ser el primero en seguir el Zambeze desde las cataratas hasta la costa –alardeé.

–Como el bueno del doctor Livingstone.

–Ah. Supongo que sí. –Relajé el ceño fruncido–. Pero dejando la religión a un lado.

Mopane Clarke me estrechó la mano con una sonrisa diabólica.



Estaba listo para adentrarme en territorio desconocido. Dejando mi equipo fotográfico al cuidado de Mopane, me encaminé a Kasangula, un *kraal* a dos días y medio de distancia. El jefe era un tal Quinani, un bicho raro que se pasaba el día sentado al sol, tomando rapé, ataviado con una piel de leopardo y un sombrero de copa con la bandera del Reino Unido. Le alquilé cinco piraguas y cincuenta porteadores, y luego me dirigí río arriba con idea de cazar para comer.

Por aquel entonces la caza era muy buena y bastante variada. Perdices, patos, faisanes, gansos, pintadas, incluso pavos salvajes. En el territorio abundaba la caza mayor, desde el majestuoso alce africano al pequeño oribi. La primera pieza que cobré fue un enorme ciervo negro, un *lechwe*: se quedó mirando el cañón de mi fusil Martini, cargado con balas pesadas. La siguiente fue una especie indígena de antílope a la que el doctor Livingstone había puesto el nombre de *puku*: un animal tímido, crepuscular, mayor que el impala, con el mismo tono dorado pero sin las características franjas ornamentales y con una piel de aspecto desastrado. Un nativo me explicó que provenía de un término que significaba «fantasma»: Livingstone lo había avistado en la estación seca, surgiendo y desapareciendo entre la alta hierba amarilla del campo, del *veld*. Su carne es buena.

Me pasé un año viajando a mi aire, por así decirlo, con mi flotilla de piraguas. En el camino a la costa surgieron diversos obstáculos. Para empezar, los afluentes del Zambeze, repletos de hipopótamos y cocodrilos. Además, conseguir que los porteadores hicieran su trabajo era una tarea ímproba. Se mostraban supersticiosos cuando silbaba, cosa que simplemente hacía porque no tenía a nadie con quien hablar. Y se negaban a pasar por ciertos sitios sin antes desembarcar para presentar ofrendas a los muertos y observar la «ceremonia» del hechicero, con sus colas de animales y amuletos en torno al cuello, huesos y brazale-